



## EL DIA MAS FELIZ DE LA VIDA



NADIE ha dejado de experimentar en el mundo, aquella especie de tédio fatigoso y casi melancólico que inspira una gran ciudad, cuando se la contempla desde la altura de una colina, luego de puesto el sol, y cuando parece que se vé á través de un velo de niebla, presentando el aspecto de blanquecina mancha que se vá borrando poco á poco en el oscuro fondo del valle.

Aquella multitud de edificios de todas formas y dimensiones, reunidos, aglomerados, que parece se oprimen, se meten unos dentro de otros, como si se disputaran el aire y la luz; y todas aquellas ventanas, que, vistas de lejos, semejan agujeros, y las calles que parecen estrechas rendijas y las gentes hormigas...; ¡qué espectáculo tan mezquino y enfadoso presenta todo ello á nuestros ojos, en comparacion al que divisamos si los volvemos en torno á estos hermosos co-



llados, á esta frondosa verdura, á este despejado horizonte! Aquí se vive, aquí se siente palpar tranquilas las artérias y funcionan todas las potencias vitales con suave desembarazo. Pero allá abajo, Dios mio, allá dentro, en aquel hormiguero, en aquella atmósfera pesada, en medio de aquel estrépito, ¿cómo se ha de vivir? ¿cómo se ha de respirar? ¿cómo puede estar allí toda aquella gente? ¿Y tendré que volver á encierro? ¡Oh! ¡si tuviese al ménos una quinta, si fuese mia aquella que se vé allá arriba en la cumbre de aquel monte, ó aquella otra al pié de la colina, ó aquella de más allá, aquella más pequeña, sobre aquel montecillo, con su corona de cipreses!.. Con eso me contentaría, y viviría allí, solo, tranquilo, leyendo, estudiando, acordándome apenas de la ciudad como de país lejano y desconocido... ¡Qué grata existencia gozaria! ¡qué serenidad! ¡qué sosiego! ¡Oh, si yo tuviese una quinta!

Eso sentimos y pensamos algunas veces y solemos concluir con esta exclamacion:—¡Ah, qué mundo este!

Era tan amena y solitaria, como nos la finje el deseo, una quinta, que ví hace pocos años cerca de Valdieri, en la cumbre de una hermosísima colina, y en los confines de los bosques reservados para las cacerías del rey. Aquel collado es la última altura de una cadena cortada por dos estrechos barrancos que vienen á unirse á sus piés. Allí hay un puente; á la otra parte de los barrancos unas cuantas casitas y una iglesia de aldea. A lo largo de aquellos riachuelos

yacen esparcidas algunas chozas, y alrededor se levantan altísimas montañas pobladas de abetos, nogales y castaños, todos gigantescos. Esas montañas son en la falda verdosas, de un verde oscuro, pero allá arriba, donde apenas llega la mirada, toman tintas azuladas. El collado, el valle, la sierra, todo está desierto y tranquilo. La presencia de aquellas cumbres colosales, imponen á la naturaleza una especie de recogimiento solemne y pavoroso.

El camino del puente trepa por la colina, pasa por la quinta y sigue adelante. La quinta es una casita de color rojizo, con piso alto y de graciosa forma. A un lado está la vivienda de los labradores, al otro, un grande emparrado de forma cuadrada, cerrado en la parte del camino por rústica verja. Entre el camino y la casa está el terreno cubierto de yerba, formando como pequeño prado, rodeado de alto seto y sombreado por cuatro corpulentos castaños, que entrelazan sus ramas. Las ventanas y las puertas se hallan siempre cerradas. Al pasar por allí se oye algunas veces por las ventanas del piso bajo á un hombre que lee en voz alta, pero por lo comun reina profundo silencio. Aquella casita solitaria, medio escondida entre los árboles, cerrada, tranquila, parece decir á los que pasan por delante: ¡chiton!

Pero hubo un dia, hace diez años, en que se vió extrañamente trasformada. Desde la mañana, muy temprano, estaban las ventanas abiertas y adornadas con guirnaldas de campesinas flores. En la ventana



central ondeaba una bandera tricolor, y otras cuatro más pequeñas en los ángulos del emparrado. Muchos farolillos de papel de color, de los que en las iluminaciones se emplean, colgaban de las ramas de los cuatro castaños. En el reducido prado, á lo largo del seto, habia mesas, sillas y taburetes, y en la carretera, delante de la puerta, miraba con la boca abierta un tropel de muchachos de aquellos alrededores.

¿Por qué todo este aparato?

Aguardad un momento; importa conocer primero al amo de casa: está allá, bajo el emparrado, sentado delante de una mesa, y escribe. Temprano se ha levantado, como veis: no son aun las seis de la mañana.

No ha perdido los hábitos de la milicia. Era coronel; ahora está *retirado*, y pasa aquí, en la quietud de su quinta, los pocos años que le quedan de vida, porque es viejo, casi octogenario, y está muy acabado. Figuraos si el pobre habrá tenido vida atormentada: ¡de soldado á coronel!

Pero, miradlo bien; no es uno de aquellos obligados coroneles retirados que se ven en las comedias, todos cortados por el mismo patron, con el bigote cerdoso, el entrecejo fruncido, la voz acatarrada. No: es hombre apacible, tranquilo, de una alegría serena y siempre igual, como la tienen pocas veces los viejos, aquellos únicamente en quienes al contento natural del ánimo, se une el que nace de más profundo manantial, de una juventud ordenada y una virili-

dad laboriosa y honesta; satisfaccion que aumenta con los años, hasta convertirse para algunos en alegría casi infantil, y el coronel es uno de esos. Tiene modales y ademanes prontos y francos, como de jóven, y conversacion viva y llena de ingénua afabilidad. Los niños se hacen en seguida amigos suyos, y sin más ceremonia, alargan las manecitas para cojerle y tirarle de los bigotes, y las muchachas que vienen por la noche á hacer corro á la puerta, gozan y se divierten al escucharle, cuando él, señalando con el dedo á una, y despues á otra y á otra, con aire melodramático dice que sabe grandes secretos, y que hablará.

Y es un viejecito muy limpio y aseado, de muy buen ver, y sus cabellos blancos, sueltos en largos mechones, sientan muy bien á su frente bronceada. Tiene los ojos grandes y de suave mirar, y cuando rie enseña dos filas de dientes blancos, que, en su tiempo, morderian sin mucho trabajo los cartuchos.

Ha concluido de escribir, mira en torno, y llama:

—¡César!

—Aquí estoy,—responde una voz fuera del emparrado.

Un mozo de unos veintiseis años, vestido de gala, con un chaleco rameado y una pomposa corbata de colorines, bien peinado, lucido y almibarado, viene á plantarse delante del coronel. Es un labriego, mas no tiene aspecto de tal, y parece sério y taciturno, pero cuando sonríc, su semblante se transforma, se



ilumina y no es el mismo de antes: es un gallardo mancebo.

—¡Buenos días, señor coronel!

El coronel lo mira y torna á mirarlo de piés á cabeza, y luego le devuelve el saludo.

Y despues lo mira de nuevo sonriendo:

—¿Cómo has dormido esta noche?

—...¡Mall!

—Pero... por última vez.

—¡Oh, sí!—respondió el jóven con una sonrisa y un suspiro.

—Luego... ¿has encontrado los compañeros?

—Los he encontrado; pero he tenido que rodar mucho. He reunido una quincena. No he podido verlos á todos: algunos estaban fuera de casa; pero dejé el recado, y vendrán. Y encontré cuatro ó cinco que no lo querian creer.—Pero, ¡si nosotros no conocemos al señor coronel! ¿Cómo es posible que le haya ocurrido tal idea? preguntaban.—¿Qué os he de decir? les contestaba.—Le ha ocurrido porque es un hombre de corazon; por eso. Y no lo querian comprender aún, y decian:—¡Quiá, pero si es una cosa que no se ha visto nunca!—Ya lo sé que nunca se ha visto, pero ahora lo vereis. Y tenía que explicarles que su merced es coronel, que me estima algo, por su bondad, que he sido soldado, que tengo que casarme hoy, y que ha tenido la amabilidad de convidar á todos los mozos del contorno que han servido al rey, porque aprecia á los soldados, y de vez en cuando le

place verse entre ellos, porque entonces se figura hallarse en medio de su regimiento; y aún les dije mucho más. Y una vez convencidos, brincaban de gusto, y no acababan de darme gracias.—¡Si tuviéramos coroneles de estos todos los días! exclamaban... Los he convocado para las cuatro de la tarde.

—Bien... ¿y te acordaste de decirles que vinieran con uniforme militar?

—Se lo dije.

—¿Y qué contestaron?

—Rieron, pero ofreciéronme que vendrian como quisiera su merced. Algunos no tenían todas las prendas. Ponéos lo que tengais, les he dicho.

—Claro es. Luego... Oyeme ahora; siéntate.

El muchacho se sentó.

—En estos tres días, desde que has venido, no he podido pillarte una hora sólo, así como te tengo ahora, para que me cuentes, punto por punto, todo lo que ha pasado en este negocio... que hoy tiene que ultimarse. Por las cartas he comprendido algo; pero no todo: quisiera saber las cosas bien claras. Ahora que estás tranquilo y sosegado un momento, cuéntame todo. Antes de las ocho no has de verla; ahora duerme, supongo que estará cansada de ayer, y despues pasará algun rato antes de estar vestida para ir... veamos, pues; y descúbreme el corazon: lo que es ella, ya sabes que no se te escapará...

El jóven sonrió, se pasó dos ó tres veces las manos sobre las rodillas, púsose sério, despues volvió á



sonreír; y por último, comenzó á hablar. El coronel apoyó el codo en la mesa y la barba en la mano, diciendo:

—Oigamos esas extraordinarias aventuras.

—Le diré lo que ha pasado, señor coronel; yo se lo contaré todo, y si lo hago mal, tenga la bondad de dispensarme.—Estábamos de guarnicion en Savillano dos batallones de cazadores, hácia fines del cincuenta y ocho, como sabe V. La ciudad no es fea, la gente buena para el soldado, habia poco que hacer, yo estaba á gusto, y el tiempo pasaba que volaba, con dinero en el bolsillo, porque de casa me mandaban algo; los dias que no estaba de servicio, apenas comia el rancho, iba á completarlo con una buena ensalada de lechuga en la cantina, y salia del cuartel más contento que unas pascuas. Los jefes hacian la vista gorda; yo llevaba un plumero así de largo, la ropa arreglada á mi medida, y no tenia mala facha. A aquellas horas de salida paseaba la ciudad de arriba á abajo, con cuatro ó cinco camaradas, casi siempre los mismos, ó íbamos á dar una vuelta por la huerta ó á echar un trago. Al salir del cuartel, llevaba casi siempre una rebanada de pan en la faldriquera, y la daba á uno de los pobres que estaban á la puerta, y las más veces á un chiquillo, que despues le diré quién era. Y lo pasábamos bien, yo lo creo: y no teníamos que quejarnos de nadie ni de nada... ¡Ah! oiga ahora, señor coronel. Una hermosa tarde... ¡quién podria pensar que de cosas tan pequeñitas...

Aún me parece imposible... Cierta tarde salgo sólo del cuartel, y me dirijo al acostumbrado paseo, serian las cinco. Tenía que pasar por una calle, donde estaban obrando y hallábase llena de montones de tierra y escombros, maderas y materiales, y albañiles que trabajaban. Al llegar al punto donde comenzaban los estorbos, veo un pobre que daba lástima, viejo, ciego, que cayendo y tropezando queria pasar y no podia. La gente miraba y no se movia.—Acompáñalo tú,—dijo una mujer, desde una ventana, á un muchachuelo; el muchacuelo se encogió de hombros.—Pero ¿no habrá nadie que tenga un poco de caridad para ese pobre desgraciado? preguntó la mujer.—Aquí estoy yo, contesté; y sin añadir palabra, tomé del brazo al viejo, y poco á poco, apartando las piedras, señalándole dónde tenia que poner el pié, paso á paso, con santa paciencia, lo saqué del atolladero y lo puse otra vez en camino llano.

Entónces el viejo dióme las gracias, me palpó para ver quién era, y al tocar el penacho, exclamó contentísimo:

—¡Ah, es un cazador! ¡Bravo cazador!—y se marchó.

En aquel momento, levanto los ojos y veo en una ventana una muchacha que estaba mirándome. Apenas me vió, entróse dentro; pero la habia sorprendido mirándome con aire muy cariñoso, con la cabeza un poco inclinada á un lado, como si dijese:—¡Oh, qué buen muchacho!—¡Oh, qué muchacha tan bue-

31043



na! pensé yo, así que la ví. ¿No es verdad, señor coronel, que hay semblantes que nos hacen pensar así, que apenas los ha visto uno le inspiran cariño? ¡Qué se yo! parecen personas de casa, y hacen el efecto de haberlas conocido otra vez. Pero, entónces no hice caso de esto, y seguí mi camino. Recuerdo que era un día muy hermoso y que hacía un fresco que daba gusto, y toda la gente parecía contenta, y no sé cómo, pero de pronto, parecióme que yo estaba contento también.

Oiga ahora lo que me sucedió una semana después: había fiesta en una ermita cercana de la ciudad: yo fui con dos camaradas, asistía muchísima gente. Al anoecer, cuando todos volvian, en un punto donde el camino hace un gran rodeo, uno de los camaradas, dijo:—¿Tornamos por el atajo?—Bueno—respondimos. Había que saltar un foso ancho de cuatro metros por lo menos. La gente hizo sitio, el primero tomó carrera, dió un salto y fué á caer tan junto á la otra orilla, que si se retrasa un palmo cae dentro de la zanja. El segundo saltó también, pero tocó tierra con las rodillas. Salté yo, y plantéme á la otra parte un paso más adelante que los otros, quedándome allí tan tieso como un huso.—¡Bravo! ¡bien! valiente muchacho, dijeron por todas partes. Volvíme, y en medio de todos aquellos rostros que miraban, ví de nuevo aquella carita, la de la muchacha, algo inclinada á un lado y que sonreía lo mismo, exactamente, que la primera vez. Entónces sentí no se qué... y el caso es

que no la había podido ver bien, porque estaba medio escondida entre la gente. En toda aquella noche y la siguiente mañana no me la pude quitar de la cabeza.—¿Qué le pasa al número 7, que está tan embobado? gritaba el sargento en la plaza de armas. Ahora mismo lo encierro.—Aquella frase *lo encierro*, hízome temblar. Nunca había temido tanto permanecer recluso en el cuartel, y durante todo aquel día anduve más listo y ligero que el primer soldado del batallón. A la hora de costumbre salgo, y casi sin advertirlo, paso á paso, me vuelvo á encontrar en aquella calle. Casi tenía miedo de pasar adelante. Caminaba con tanto embarazo como si llevase enaguas. A cierta distancia, veo salir muchas jóvenes de aquella casa, me detengo, observo, y comprendo que debía ser una costurera. Tres ó cuatro se detienen en medio de la calle, y miran riendo á la puerta, como si aguardasen á alguien que no quería salir. Finalmente, sale otra muchacha. Era ella. Sale de prisa, y echa á andar calle abajo por la acera donde yo estaba, rozando la pared, con la cabeza baja, como si tuviese vergüenza. Las demás chicas la miraban y refán. Figuróseme que refán del modo como iba vestida: parecióme una pobre, y las otras, señoritas. Caminaba á pasos cortos, quizás porque no se le viesen los zapatos, pues noté que los llevaba rozados y rotos por la punta, y tenía la cara casi cubierta con el pañuelo que llevaba á la cabeza y que sujetaba bajo la barba, con su manecita delgada y pálida. Vino hácia mí y pasó



por mi lado, apresurando aun más el paso. Cuando me vió, púsose encendida como la grana. El corazón se me oprimió, y me dió tanta lástima aquella pobre jóven, que no sé cómo, se me ocurrió una idea... Tenía que pasar entre la pared y yo; había en el suelo un gran pedrusco, me incliné, lo cojí, lo arrojé en medio de la calle, di un paso atrás, y ella, pasando por delante de mí, como una flecha, me miró y me dijo:—Gracias.—Yo quedé allí aturdido, mirándola mientras se alejaba. De pronto siento reír detrás de mí. Me vuelvo, y veo un jóven, un señorito, que iba deprisa detrás de la muchacha mirando al suelo. No había más gente en la calle: se había reído de mí. Le seguí con los ojos, no se volvió, no me miró, pasó adelante; pero yo quedé allí como si me hubiesen dado un garrotazo en la cabeza. Tenía mala cara aquel caballero; le resplandecían los ojos de una manera, que casi daba miedo. Pasé muy malos ratos aquel día, señor coronel: ¿qué quiere su merced? yo no había sentido jamás afecto semejante... ni sabía tan siquiera lo que me pasaba. Hubiera querido que hubiese guerras, que ocurriese un incendio, ó cualquiera otra cosa bien terrible, para poderme arrojar en medio de ello como un desesperado. Al día siguiente, volví á pasar por allí, y de nuevo encontré aquel caballero. Apenas me vió, fué á plantarse delante de la puerta de las costureras. Púseme á observarlo de lejos. Las muchachas salieron y se detuvieron en la calle. Salió ella la última, rieron las otras, acercósele el caballero para hablarle,

volvióle ella las espaldas y apretó el paso. Cuando estuve cerca noté que lloraba. Me miró como el primer día, pasando de prisa; dió la vuelta á la primer esquina, y el señorito detrás.—Esta vez quiero ver yo también lo que pasa, dije en mi interior, y la seguí de lejos. Volviendo y revolviendo por aquellos callejones estrechos y tortuosos, la jóven llegó por último á la calle que corre por detrás del hospital militar, donde vivía. Metióse por una puerta, y dejó á su perseguidor, mohino y confuso, con un pié en el umbral, el otro en el primer escalon de la escalerilla, y la cara mirando hácia arriba. Un minuto despues entreabrió una ventanita del cuarto piso, miró abajo, y desapareció. La mismísima escena se repitió siete ú ocho días. El me miraba siempre muy airado, y ella con semblante dulce y cariñoso. El continuaba siguiéndola, como la sombra al cuerpo; ella continuaba escapándosele, y yo los observaba á ella y á él.

Mientras tanto, en la calle de las costureras, la gente ya estaba sobre aviso y cuando yo iba sentía que me abrasaba el rostro la vergüenza, porque, ya lo sabe, señor coronel, cuando se vé á un soldado que mira á una muchacha, no se cree que puede ser mas que con cierta idea, y la muchacha pierde la reputacion, y á mí me afligia pensarlo; y le digo, bajo palabra de honor, que no se me ocurrió tal pensamiento... pero ¿cómo dejar de ir á aquella calle? Si no iba, imaginábame que debía suceder algo, y estaba siempre alarmado y temeroso; de modo, que no había



más remedio que ir allá. Ahora verá lo que ocurrió. Conocía de vista á un mal sujeto, un mocito que podía tener veintitres ó veinticuatro años, ocioso, borrachín, vigilado por la policía, y lo conocía porque había tenido que ver con él una noche, patrullando por la ciudad. Pues bien, cierto día... no olvidaré nunca la sorpresa y el disgusto que experimenté... cierto día encuentro á aquel sujeto llevando del brazo á la muchacha. Sentí que las piernas me temblaban, y por un momento no ví ni pensé nada. Desde aquel día, durante una semana, no ví más á la muchacha sola; aquel mocito la acompañaba por la mañana, y él mismo iba á buscarla por la tarde. Pronto se fijó en mí, y comenzó á mirarme con ojos de basilisco. Yo no lo miraba. Todos los días, allí donde nos encontrábamos, estuviese ó no estuviese el caballero de marras, y lo notase ó no lo notase el jóven que la acompañaba, dirigíame ella una mirada, una sola, siempre igual, siempre como la del primer día, y esto me dada gran fuerza y mucho valor. ¿Pero quién será ese? me preguntaba; y ahora verá por qué curioso caso logré saber quién era.

Un día, juntamente con la rebanada de pan, ocurrióseme regalar al chico á quien daba limosna, una corbata vieja de uniforme, que no sé por qué, había agujereado con unas tijeras á los dos extremos. Dos días después, ví al compañero de la muchacha con aquella corbata puesta. Lo miro bien á la cara, comparo las dos fisonomías, me parece que él y el chi-

quillo se semejan mucho, y me ocurre la sospecha de que sean hermanos. Al día siguiente llamo al chico aparte, y le pregunto:—Dime, ¿te comes tú todo este pan, ó le das también á tu hermano?—Le doy á mi hermana, me contesta.—¿Tienes también una hermana?—Una hermana y un hermano.—¿Qué hace tu hermana?—Es costurera.—¿Y tu hermano? Meditó un momento, y después contestó:—Nada.—Es él, pensé, y en efecto, continuando el interrogatorio, me enteré de todo. Supe que la muchacha se llamaba Luisa que contaba diez y siete años, que no tenían padre ni madre, ni otros parientes; hacía cerca de dos años que la pobre chica trabajaba noche y día para ganarse la vida y dar algunos cuartos á su hermano, que iba á gastarlos á la taberna, y volvía á casa borracho, y la maltrataba y la hacía llorar.—Muchas veces, me dijo entre otras cosas el chico, vuelve á casa á las dos ó las tres de la madrugada, y mi hermana está trabajando aún, y á esa hora trae consigo á sus compinches, y se ponen todos á cantar y á bailar, y entonces ella se sale del cuarto y se queda dormida en la escalera, con la costura en la mano. Si no me puse á llorar allí, en su presencia, fué porque hice un esfuerzo; pero no pude contenerme cuando me ví sólo. Desde aquel día dí al chico todo mi pan, ahorré todo el dinerillo que pude y se lo dí también: parecíame que aquello era una obligación; y lo hacía, no sólo por el gusto que tenía en ello, sino por conciencia; tenía valor bastante para seguir así eterna-



mente, tanta era la compasion que me daba aquella pobre desgraciada, sola, sin defensa, y reducida á comer pan sólo, y eso á fuerza de trabajar. ¡Oh! señor coronel, si supiese su merced lo que experimentaba yo de noche, á las dos, á las tres de la madrugada, cuando pasaba por detrás del hospital con la patrulla, y veía allá arriba, en el cuarto piso, aquella ventanita iluminada, y pensaba que en aquel momento estaba allí cosiendo, cansada, traspasada de frio, quizás sin haber comido, quizás sin haber cenado...

Oiga ahora como me dí á conocer. Fué toda una aventura. Una mañana, el chico vino á decirme que su hermana le habia preguntado quién era el soldado que le daba el pan y los cuartos. ¡Mire qué casualidad! Habia sido promovido á cabo el dia anterior, y me habia puesto los galonos aquel mismo dia. Por eso me ocurrió decirle:—Dile á tu hermana, que el soldado que te dá el pan, es uno que se ha puesto hoy los galonos por primera vez.—Por la tarde, salgo, palpítandome el corazon, la encuentro, me mira, se pone colorada, despues rie y se cubre la cara con el pañuelo. Créalo, señor coronel, no he tenido nunca alegría como aquella. Casi tuve miedo de perder la cabeza.

Aquí César dió un gran suspiro.—Adelante, le dijo el coronel, y continuó así:

—Pero estaban destinadas á durar poco mis alegrías. Una mañana, yendo por la plaza de Armas con mi batallon, veo de lejos, en el fondo de un callejon,

dos personas... dos personas que no hubiera querido ver nunca juntas, aquel señorito y el hermano de Luisa, que estaban en gran conversacion. Milagro fué que no me cayese el fusil de la mano. Ya puede figurarse su merced lo que sospeché, y no me podia engañar, porque la manera como aquel jóven iba detrás de la muchacha, que parecia decir "seguro estoy del triunfo," no se prestaba á equivocacion alguna; y despues, el hermano era un sugeto de pésima calaña, capaz de todas las villanías del mundo. Figúrese, pues, cómo se me pondria el corazon, cuando pocos dias más tarde, el chico vino á decirme que la noche anterior su hermano y su hermana se habian peleado, que lo habian mandado fuera de casa para poder disputar á sus anchas, y que desde la escalera habia oido hablar con enojo, y que la hermanita lloraba y respondia:—Jamás, jamás;—y que despues habia habido algunos minutos de silencio, en los que no pudo comprender qué era lo que hacian, y por fin se habia abierto la puerta y habia salido Luisa tan pálida, que parecia una muerta, y con una megilla amoratada. El bribon de su hermano la habia golpeado, y ella no habia gritado porque no lo oyesen los vecinos. Oscurecióseme la vista, apoderóse de mí un temblor tan fuerte, que parecia tener calentura, y si hubiera entrado al hermano, lo estrangulo sin darle tiempo á respirar. Me propuse ir á buscarlo á él y al señorito, y á cualquier otro que interviniese en aquella infame intriga; pero despues me contuve y pensé que



era mejor aguardar un poco.—Vé y dile á tu hermana que tenga ánimo, díjele al muchacho, y que hay alguien que la quiere bien y piensa en ella.—El día siguiente era festivo y teníamos tres horas de asueto más de lo acostumbrado. Salí solo y me puse á pasear por la ciudad. Andaba cerca de una hora, cuando noté que me seguían á lo lejos dos individuos, dos mocitos de la misma estampa que el hermano, dos caras prohibidas: hice como que no los veía. Al poco rato ví que á aquellos dos se habian unido otros tantos y que se me acercaban. Comprendo; dije en mi interior, vienen mandados. Están acechándome, algo pasará. Encontrábame entonces á un extremo de la ciudad. Cambié de direccion, dirigiéndome hácia el centro, y apreté el paso, de modo que me perdieran de vista.

En esto, encontré á dos camaradas, les informé de la ocurrencia, combinamos nuestro plan, y después, cuando comenzaba á oscurecer, me dirigí hácia el hospital. Cuando cruzaba una plazuela muy cerca de allí, ví á mi hombre... aquel caballero, que daba vuelta apresuradamente á una esquina, hácia la parte opuesta. No se apercibió de mí, yo apreté el paso, gané la calle, fuí á colocarme cerca de la casa de Luisa, en un rincon oscuro y estuve observando. Aquel jóven llegó pocos momentos después, y se puso á pasear delante de la puerta, mirando de vez en cuando el reloj, y volviéndose á cada paso, para ver si venía alguien. Noté que se volvía siempre hácia el

mismo lado.—Por allí tienen que venir,—pensé, y por una calleja literal me dirigí corriendo al fondo de la calle, á la parte que miraba el amigo. No tuve que esperar mucho; aparecieron casi en seguida el hermano y la hermana.—Lo habia dicho, pensé, va á ocurrir algo; pero, ó dejo aquí la piel, ó no salen con la suya ¡vive Dios!—Habíase me subido toda la sangre á la cabeza, no sabía lo que me hacía, apretaba los dientes y los puños, y me sentia fuerte para cuatro. Andando de puntillas, fuí á ponerme á unos quince pasos detrás de Luisa; no podia ser visto. La calle estaba casi enteramente á oscuras. Hablaban en voz baja entre sí, Luisa lloraba y se detenía de vez en cuando, y el hermano la empujaba hácia adelante, arrastrándola del brazo. Al llegar á cierto punto, clavó ella un pié en tierra, y dijo con resolucion:—Nó, mátame primero.—Entónces el hermano, rechinando los dientes como un perro, le preguntó por tres veces.—¿Vienes?—Y ella por tres veces respondió que nó. A la tercera, aquel infame levantó la mano... ella dió un grito, yo me lancé entre ellos, cogí aquel brazo levantado en alto, y lo bajé con una sacudida muy propia para desencuadernarle el hombro, diciéndole:—¿Qué haces, canalla? No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se me presentaron delante diez personajes en actitud amenazadora. Eran los compinches del hermano; en medio de ellos el caballerito, más allá algun curioso. Luisa se habia apoyado á la pared.—¿Qué tienes que ver aquí?—



Me preguntaron todos á la vez, acercándoseme.— ¡Atrás! grité casi fuera de mí, tengo que ver, porque se trata de cometer un atentado infame.— ¡Está loco! gritaron todos ellos, acercándose más.— ¡Atrás! repetí con voz ahogada, atrás, ó paso al que se acerque y tenía la bayoneta en la mano.— ¡Paso, paso! apártese de delante, gritó el caballero, adelantándose para levantar á Luisa que habia caído; yo le dí un bofeton, y todos se me echaron encima.— Un momento, caballeros,— gritó una voz en medio de la calle. Aquellos matachines se volvieron, y vieron á diez cazadores formados en fila, bayoneta en mano. Al punto, de repente echaron á correr, unos por aquí y otros por allá, como perros apaleados; Luisa, más bien llevada en brazos que conducida, entró en su casa; el caballerito, muy airado, se me acercó y me dijo:— ¿Cuál es su nombre?— Yo le dije nombre, apellido, compañía, batallon, número de la lista, todo lo que él quiso. Él lo apuntó todo, y se marchó diciéndome: "nos volveremos á ver."— Como quiera, conteste. Dí las gracias después á mis camaradas:— Si tardais un minuto me despachan. Veía ya relucir las navajas.— Entonces se pusieron todos á hacerme mil preguntas, queriendo saber el cómo, el cuando y el por qué, y yo les conté toda la historia, de *pe á pa*. Pero vea, señor coronel, porque hay que ser justos: todos aquellos bribones era el hermano de Luisa quien los habia congregado, y no el otro: el otro no sabia nada; ántes bien, si hubiese previsto qué ralea de

gente debia tomar su defensa, creo yo que no hubiese ido. Pero, después que se encontró metido en el enredo, y el despecho y la rabia lo atormentaba, trató de salirse con la suya á toda costa: es natural.

— ¿Pero quién era aquel caballerito?— interrumpió el coronel.

— ¿Quién lo sabe?.. Lo cierto es que, segun me dijeron después, era muy poco estimado en la ciudad, y se decia que le gustaba acometer empresas de aquel género, y que se acompañaba siempre de mala gente... Aquella noche volví al cuartel de tal manera, que no podia tenerme en pié. Por una parte la alegría de ver desbaratada aquella infamia, por otra la emocion de haber escapado de un peligro, y quizás tambien la ansiedad de lo que pudiera suceder después, me tenian en tal sobresalto, que si no me vinieron encima unas calenturas, y estuve seis meses en la cama, tengo que agradecerlo á mi buena suerte. Estaba, sin embargo, más resuelto que nunca á resistir hasta el fin; pero, ¿cómo? preguntábame, discurrendo conmigo mismo. Porque yo no soy más que un pobre muchacho, un soldado, y no tengo nada, fuera de mi corazon y de mi honra. Si llego á apasionarme por una muchacha pobre, como yo, que me gusta y ella me corresponde, todos han de perseguirme y venir contra mí, como si fuese un presidiario ó un bandido, y como si mi cariño deshonrase á una mujer. ¿Quién es el que tiene derecho de despreciar mis afectos? ¿Qué idea tienen de nosotros los que creen que no



tenemos nada aquí bajo de estas medallas, porque somos soldados? Porque no tenemos la familia con nosotros, porque estamos lejos de casa, porque no trabajamos en un oficio, porque nos dan á comer rancho, y nos pagan con cuatro cuartos al dia, ¿no tenemos derecho á ningun consuelo, y debemos vivir como perros y estar muertos para el mundo? ¡Un soldado! dicen, ¡una muchacha que se pierde con un soldado! Un soldado pundonoroso vale por diez de vosotros, borrachines, holgazanes y viciosos. Tambien el soldado tiene un nombre y una familia, y dos brazos para trabajar cuando vuelve á casa, y un corazon honrado para amar y respetar á una mujer. ¿No le parece, señor coronel? Yo no digo que todos los soldados, cuando están en el servicio, hayan de perder la cabeza por una muchacha: ¡frescos estaríamos! ¡El cielo nos guardel si no, adios ejército; pero el que por casualidad se apasiona, debe portarse como hombre y como caballero, y no debe dejarse amedrentar por nadie, ni ceder, aunque tenga que dejar la pelleja en la contienda. ¿Digo bien?

El coronel hizo un signo afirmativo.

—Y poco faltó en verdad para que dejase la piel. A la mañana siguiente supe por el muchacho que Luisa estaba en la cama con un poco de calentura, y que el hermano no habia parecido. Por la noche, cuando volví al cuartel, vinieron á buscarme dos sargentos, uno de mi compañía, que me queria bien, y otro de otra compañía, y me dijeron así:

—Sabemos todo lo que ha sucedido. La misma

persona interesada nos lo ha contado, y nos encargó que hablásemos contigo. Vamos á darte un consejo, no como superiores, sino como amigos, y tú lo seguirás ó no. Le has dado un bofetón en presencia de mucha gente, y un bofetón es una de las ofensas mayores que pueden hacerse á un hombre, por lo cual tiene derecho á exigir una satisfaccion; ¿no te parece?

—Es natural, respondí.—Oye, pues; si tú fueses uno de esos reclutas zopencos que no saben nada, ni comprenden nada, la persona de que hablamos, buscaria otra clase de satisfaccion; pero contigo, que eres un soldado hecho y derecho, un hombre de pró, es otra cosa...—Basta, he comprendido, díjeles. Estoy dispuesto.—Muy bien, ya comprendes que estas son cosas que deben terminar así; y despues, es un honor el que te hace viniendo á buscarte.—Si ellos hicieron bien, no lo sé, pero yo creo que hice lo que no podia ménos de hacer; y por abreviar, el lance tuvo lugar dos dias despues, á media legua de distancia de la ciudad, hácia las cinco de la tarde. Habian escogido el sable: ¡figúrese lo que podia hacer yo con el sable, que no lo habia tenido en la mano más que seis ó siete veces! Pero habia yo sido en mi compañía instructor de machete, sabia ponerme en guardia, y tenia el brazo fuerte y las piernas ligeras. Fuimos á un prado: cuando lo ví pensé en Luisa, en el gesto que hizo al ir á levantarla del suelo, en aquella vez que oí reir á mis espaldas, y se me encendió la sangre, y me sentí lleno de coraje. En cuanto á él, estaba un



poco pálido, y parecióme que venia decidido á tirarme de veras.—Venga lo que quiera, dije en mi interior, los dos somos de carne y hueso.—A la señal de los padrinos nos pusimos en guardia. Pronto comprendí que sabia tirar bien. Uno, dos, tres golpes: alto, estoy herido en el brazo; lo preveía, es una cosa insignificante: siga la función. Otros dos golpes, otra vez me toca, el médico examina la herida. Es un ligero rasguño.—Adelante,—dicen los padrinos, y seguimos adelante. Comenzaba á subírseme la sangre á la cabeza. Hubiese preferido recibir una estocada, que me tendiese en tierra; ser rasguñado de aquel modo, como un pollo, era cosa que me humillaba. Comencé á avanzar, rechinando los dientes, como si estuviera rabioso; sentia que mi brazo era de acero. El sable se estremecía en mi mano, como si fuese una vara de sauce. Otros cuatro ó cinco golpes, otro rasguño en el hombre, arrojé un aullido, perdí la razón, oscurecióseme la vista, me lancé adelante desesperado; él, sorprendido, hízose atrás; despues, de repente, dejó caer el sable, llevó las dos manos á la frente, y se le cubrió el rostro de sangre. No recuerdo bien qué hicieron y dijeron entonces los otros; recuerdo solamente que me fajaron el brazo, y algunos minutos despues, nosotros por una parte y los otros por otra, nos marchamos de aquel sitio. Ningun campesino habia acudido. Nadie se habia enterado del hecho. Pero, ¿cómo ocultar las heridas? pregunté al sargento. Me contestaron que no ha-

bia medio de ocultarlas, y que tenia que ir al hospital.

—Vé á decir que te has puesto enfermo de pronto, me dijeron, entrando en el cuartel. Pensé un instante en ello, y decidí no hacer nada. Quise probar á aguantarme; las heridas eran ligeras, sangre habia perdido muy poca; decidí esperar. La noche la pasé bien, esto es, dormí; mas soñé, señor coronel, cosas infernales, cuchilladas, sablazos, muertos, ataúdes, el fin del mundo. Pero, en medio de todas aquellas imágenes espantosas, la veía á ella, á Luisa, con la cabeza inclinada á un lado, y los ojos llenos de lágrimas, y aquella sonrisa tan cariñosa, que me daba gran consuelo.

Aquella mañana teníamos ejercicio en la plaza de armas. ¿Iré? ¿No iré? ¿Diré que estoy enfermo? Hice la locura de ir. Figúrese: camino haciendo, comencé á sentir un escozor terrible en las heridas. Al llegar á la plaza de armas noté que se habian abierto y que salia sangre; me puse más pálido que un cadáver; ¿qué hacer? un esfuerzo más, mientras pueda tenerme en pié. ¡Adelante! tambaleábame como un borracho, sentia que me faltaban las fuerzas, y poco á poco se me extendia un velo oscuro ante los ojos.

De pronto un oficial grita:—¿Qué es eso?—se me acerca, me coje la mano, la mira, estaba toda ensangrentada. Perdí el conocimiento, me llevaron al cuartel, despues al hospital, y me acometió una maldita fiebre, que por poco no me manda al otro mundo. Fuf